

México a contracorriente

Ponencia 05/09/15

Por Enrique Semo

A principios del siglo XXI, las nuevas izquierdas obtuvieron sonadas victorias electorales en los principales países de América Latina. En 1999 fue electo en Venezuela Hugo Chávez con una amplia mayoría, para permanecer en la presidencia hasta su muerte en 2013. En 2002 en las elecciones presidenciales de Brasil Lula derrotó a Fernando H. Cardoso, representante del “posibilismo” neoliberal y hasta hoy, el gobierno de centro izquierda se mantiene en el poder con Dilma Rouseff. En 2005 se produjo la aplastante victoria de Evo Morales en Bolivia que a fines del año 2014 se presenta y gana su cuarta reelección. Durará en el poder por lo menos catorce años. Daniel Ortega fue presidente en Nicaragua en los períodos 1985-1990, 2007-2011 y se reelige por tercera vez en 2012. En el año de 2006, Rafael Correa gana en Ecuador su primer período presidencial con mayoría absoluta y es reelegido dos veces hasta 2017. En Argentina Néstor Kirchner ganó su presidencia para el período 2003-2007. En ese año es electa Cristina Fernández de Kirchner a la cabeza de una coalición de centro izquierda y gana por mayoría absoluta un segundo período que termina este año. Después de una resistencia empeñada a la privatización de compañías públicas en una serie de referéndums, en Uruguay triunfaba en las elecciones presidenciales de 2004 Tabaré Vázquez, representante de un amplio frente de centro izquierda. Lo sigue José Mujica en 2010, y regresa Tabaré Vázquez, quien acaba de iniciar su

segunda presidencia que termina en 2020. En Chile en 2006 Michelle Bachelet representante de una corriente post-neoliberal es elegida a la presidencia y repite para 2014-2018. En El Salvador no fue sino en 2009 que la izquierda acceda al poder al tomar posesión Mauricio Funes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Al terminar su período en 2014, otro compañero de partido y su Ministro de Educación ad. honorem, Salvador Sánchez Cerén excomandante de las guerrillas, gana las elecciones y gobernará hasta 2019.

Los logros electorales de los candidatos opuestos al continuismo neoliberal y sus múltiples reelecciones demuestran un gran y creciente apoyo social, respuesta a políticas que en aspectos básicos responden a necesidades populares: democracia participativa, elevación del nivel de vida de las mayorías, respeto a las diferencias étnicas y nacionales, lucha contra el desempleo, austeridad en los gastos del Estado y mejora de los servicios públicos, son algunos de los rasgos comunes de esos gobiernos.

Así en la primera década del nuevo siglo, la situación política y social en el subcontinente ha cambiado fundamentalmente. El clima ideológico es diferente y sería un error subestimar la influencia de este fenómeno. Después de un dominio turbulento y frecuentemente dictatorial de una serie de gobiernos marcadamente neoliberales, el ascenso de fuertes movimientos sociales y protestas ciudadanas y obreras culminaron en la victoria de corrientes o partidos de centro izquierda o de izquierda. Cada una de esas fuerzas plurales, tiene sus características nacionales peculiares y es diferente a la de los otros países. Pero también existen rasgos comunes que les han permitido colaborar en una serie de iniciativas

internacionales y continentales y desarrollar un alto grado de solidaridad política frente al imperialismo norteamericano. Esto nos faculta para hacer algunas reflexiones sobre su camino al poder y su desempeño como fuerzas gobernantes.

Una mirada general sobre la historia reciente de América Latina permite constatar los serios obstáculos que enfrentan los gobiernos animados por el deseo de acabar con la funesta historia del neoliberalismo en la región. La influencia del neoliberalismo en la esfera económica se mantiene a pesar de que los ciudadanos lo han rechazado una y otra vez en las urnas. Eso se debe en gran parte a la acción de los numerosos mecanismos financieros y comerciales para disciplinar a gobiernos rebeldes. En primer lugar existe la presión de Washington sobre gobiernos fuertemente endeudados, para rechazar programas que no están dentro del Pensamiento Único y la estrategia económica de las potencias occidentales. Todo eso se expresa en una larga lista de condicionamientos por parte de organismos como el FMI, el Banco Mundial, pero también los organismos de comercio internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo. También se expresa en el condicionamiento de asistencia técnica y la manipulación ideológica aplicada a través de los medios de difusión masiva, controlados casi exclusivamente por las colonizadas oligarquías locales. El legado del neoliberalismo en la región se siente todavía en la tensión entre “la mano derecha” de los Estados encargada en mantener la ortodoxia económica y “la mano izquierda”, que generalmente representa los ministerios de educación, salud,

trabajo y bienestar social. La primera empuja para conservar la orientación neoliberal y la segunda para impulsar una nueva dirección popular.¹

Sin duda los gobiernos de centroizquierda y de izquierda han logrado poner en práctica políticas progresistas. En Brasil son notables las medidas políticas de redistribución y de elevación del salario mínimo, que han disminuido el número de pobres; la política internacional que ha jugado un papel determinante en tratados de libre comercio, otros organismos latinoamericanos y la participación de los BRICS que van creando bloques de colaboración internacional libres de la intervención norteamericana. También es importante la política del gobierno brasileño que ha impedido la criminalización de los movimientos sociales y el constante dialogo con ellos.

En Bolivia, la izquierda representa a una sociedad abigarrada, con múltiples movimientos que tienen raíces a la vez en sectores modernos, comunidades agrarias e incluso pueblos nómadas. En asociaciones étnicas, productivas, asociativas y culturales y que representan diversas formas de organización y participación. Los ensayos de reforma institucional y constitucional no han impedido a Bolivia, tener una economía sólida. Bajo el gobierno de Evo Morales el PIB se ha duplicado y las tasas anuales de crecimiento son altas. La estabilidad macroeconómica es ejemplar. Los intentos de la derecha por desestabilizar el país han fracasado y la participación de los indios y mestizos en todos los renglones de la vida ha aumentado considerablemente.

¹ Barret, Patrick, Daniel Chávez y César Rodríguez-Garavito. *The New Latin American Left. Utopia Reborn*, Pluto Press, 2008, p. 21.

En Venezuela el desarrollo más importante quizás ha sido la implementación de nuevos mecanismos de participación popular y la transformación de la cultura política que asegura la inclusión de la mayoría pobre que históricamente había sido excluida. La presencia activa de las “clases peligrosas” en la escena política, cada vez más informadas, movilizadas y organizadas, decididas a salir de su pasividad anterior, explica el violento rechazo del chavismo por las clases medias y altas, caracterizadas por su racismo. La oligarquía ve en las *hordas* chavistas una amenaza a sus privilegios y culpa al chavismo de la polarización de la sociedad venezolana, una polarización que en realidad responde a la lucha de los pobres por la igualdad y la desesperada resistencia de las oligarquías y sus aliados internacionales.

En los dos o tres últimos años los gobiernos de izquierda de América Latina han estado bajo constante ataque. Se trata de una nueva estrategia: los golpes blandos que buscan derribar a sus presidentes democráticamente electos. Con campañas mediáticas que incitan al descontento social y la deslegitimación política, provocan la violencia en las calles, guerras psicológicas y paros. Con ello se trata de revestir “a una minoría política en mayoría, ampliando sus reclamos, crispando las controversias y desgastando a la verdadera mayoría que gobierna, hasta provocar la caída de los gobernantes por medio de actos judiciales o parlamentarios. Desde Ecuador que está en el ojo de la tormenta, Rafael Correa advierte que se trata de una estrategia continental que va a continuar. Aplicada primero en la República Bolivariana que pasa por momentos económicos difíciles, siguió contra Dilma Rousseff, Cristina Fernández y Evo Morales. Desde junio del

año pasado se han multiplicado las protestas violentas en Quito y Guayaquil intentando desestabilizar el gobierno. Correa ha llamado varias veces al dialogo nacional para debatir sobre equidad, distribución de la riqueza y beneficios populares que tendrían las nuevas leyes sobre Herencia y Plusvalía, pero la ultra derecha ha rechazado las propuestas. En Brasil han utilizado el escándalo de la corrupción en Petrobras y la política de austeridad para que una gran campaña mediática y protestas coordinadas exijan la renuncia de la presidenta. En Bolivia el Comité Cívico Potosínista (Comcipo) ha llevado a cabo protestas que siguen el guion violento de los llamados comités cívicos, que son utilizados por la derecha para bloquear la gestión progresista del mandatario Evo Morales. A esas provocaciones, los mandatarios de centro izquierda han respondido llamando al dialogo para resolver los conflictos y atender sus demandas. Cada día es más claro que las luchas continuaran y se agudizaran y que solo se puede avanzar, acelerando las reformas y ampliando el apoyo popular de los gobiernos de centro izquierda e izquierda.

La trayectoria de México en ese periodo es completamente diferente e inclusive opuesta al de los países latinoamericanos en los cuales la nueva izquierda, ya sea post neoliberal, de centro izquierda o de izquierda ha ascendido al poder.

Aquí el neoliberalismo ha entrado por la puerta grande desde mediados de los años 80's y los gobiernos que hemos tenido a partir de entonces, han seguido al pie de la letra sus principios. Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto han mantenido la línea trazada por el

Pensamiento Único. Los dos partidos que se han sucedido en el poder han aplicado las mismas recetas, asegurando la continuidad y demostrando que constituyen un bloque neoliberal, desde 1988 hasta el presente. En el ambiente ideológico en el cual vivimos “sentido común” significa obediencia a las políticas del FMI y más aún, a los exponentes teóricos del Consenso de Washington. Según esto vivimos bajo el dominio de la globalización, no hay alternativas fuera de ella. Por lo tanto para no estar en conflicto con los tiempos debemos aceptar silenciosamente sus mandatos. El definitivo triunfo de los mercados se traducirá en una política económica homogénea para todos. Los tiempos en los cuales los gobernantes se atrevían a realizar nacionalizaciones, adoptar medidas de control a los monopolios extranjeros, distribuir tierra entre los campesinos e imponer regulaciones en los campos del trabajo, el comercio y las finanzas son cosas del pasado.

El Estado se ha retirado de sus funciones económicas como inversionista y como agente activo del desarrollo económico a través de la desregulación, la cancelación de los programas de fomento económico, la privatización de las empresas públicas y la reducción de los salarios reales. La apertura comercial indiscriminada y la llamada “reconversión industrial” son dos caras del mismo proceso.

La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) abrió las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera, fundamentalmente Norteamericana. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía informal adquirió un carácter

estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente crónico alucinante de trabajadores: el 50% de la fuerza de trabajo está en la economía informal. El único éxito importante ha sido hasta ahora convertir a México en un importante exportador de productos industriales que se ha confundido con la incorporación al proceso de globalización. Estos pasaron de representar el 28% de las exportaciones en 1994, al 48% en el año de 2007. El éxito de México como exportador de manufacturas se refleja en términos de valor corriente. En 1980 estas eran de 1868 millones de dólares y en 1990, de 11 567 millones. Sin embargo, hay que decir que las maquiladoras que explican este aumento son principalmente extranjeras, su integración con la industria nacional es muy baja y los salarios también.

Desde 1982 la economía y la sociedad han conocido cambios profundos a partir de un golpe de Estado pacífico orquestado por una tecnocracia formada en Chicago. Estos cambios se pueden resumir en las siguientes manifestaciones: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado. 2) Prioridad absoluta en el equilibrio macroeconómico. 3) Desregulación del sector financiero. 4) Liberalización del comercio exterior. 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa. 6) Privatización casi completa del sector público. 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías. 8) Sistema político multipartidista. 9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal. 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando paulatinamente las ventajas adquiridas por los trabajadores. 11) Sustitución de la educación pública media y superior por la educación privada. 12) Restitución paulatina de la intervención de

la Iglesia en la política. 13) Se sigue el desmantelamiento de los ejidos y las comunidades sobre todo los de recursos turísticos, ecológicos, pesqueros y semiurbanos. 14) Se mantienen rigurosamente las políticas de subordinación a Estados Unidos.

En México, la reforma electoral ha abierto algunos canales a la expresión popular. El sistema tripartita que ha surgido creó en un principio esperanzas. No es casualidad que en dos ocasiones de irrupción tumultuosa popular en la política, esta se realizó a través de las elecciones de 1988 y 2006. La tesis de la “transición democrática” se hizo muy popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso. Ahora sabemos que esta fue una ilusión. Se ha producido una regresión antidemocrática que progresivamente ha vaciado el sistema de todo contenido popular. Los asuntos que afectan el bienestar colectivo han sido transformados en “problemas técnicos” cada vez más alejados de la voluntad popular electoral y transferidos al quehacer de los “expertos”. En el presente tenemos una democracia extraordinariamente primitiva, marcada por el clientelismo, el corporativismo y el obstáculo decisivo de la pobreza extrema que frena la realización de toda idea de igualdad política. Existe, es verdad, una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos” y una nueva clase media construida a base de crédito que, si bien dividida, es mayoritariamente favorable a la situación actual.

Sin embargo, dos fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006; el distanciamiento de la clase política de los grandes problemas sociales; el crecimiento del crimen organizado y de la corrupción masiva, ponen en riesgo la

democracia incipiente recién conquistada. Podemos decir que las viejas formas de dominio tienen una reciedumbre mayor que el cambio democrático. A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico. Pero ahora adquiere un sentido represivo que los sucesos de Ayotzinapa pusieron en evidencia. Se está constituyendo un Estado militarizado en el cual la corrupción es el intermediario entre crimen y política.